



EL CÉLEBRE Y TRISTE PAPEL DE LOS TECNÓCRATAS EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Julio César Córdoba Upegui

Docente del Programa de Psicología
Funlam

El “resurgimiento” de los viejos principios liberales del siglo XVIII le ha proporcionado a las potencias económicas del mundo la argumentación y justificación para acentuar su ejercicio de dominio sobre los países tercermundistas (Asia, Africa y A.L.) y presionar al segundo mundo (Europa, Canadá, Japón y China).

Al iniciarse la década de los 90, casi todos los países del continente latinoamericano habían caído seducidos por las “bondades” del modelo neoliberal. La élite encargada de “vender” la idea está constituida por la nueva generación de gobernantes emergidos en los siniestros años 80, con estrechos vínculos con el capital financiero internacional y con poco o ningún arraigo en el sector productivo de sus naciones.

Estos “elegidos” resultante de la convergencia técnico-política vinculada a los países industrializados, -no solo por lazos económicos, sino también culturales- los vemos representados en los funcionarios gubernamentales de alto nivel, o desempeñándose en las grandes entidades multinacionales. De cualquier modo son además individuos con un alto nivel de formación académica especializada y se desempeñan en cargos importantes del sector público y privado, donde han venido fortaleciendo su poder, incluso por encima de los políticos tradicionales que se han visto desplazados por estos

nuevos mercenarios, mucho más avezados y como dice Gilles Lipovetsky: “sin alma”, puesto que no se identifican con las necesidades nacionales; están dispuestos a vender su alma al diablo, sin ningún tipo de aspavientos.

A estos sujetos los denominamos tecnócratas neoliberales. Ellos insisten en presentarse como los salvadores de la economía. Al respecto, Miguel A. Centeno y Sylvia Maxfield refieren que su emblema es: “... somos los mejores en lo que hacemos, por eso nuestras políticas son las mejores soluciones, dadas las circunstancias presentes y cualquiera que se oponga a ellas sencillamente no es realista, por lo que no vale la pena escucharlo”.

Al presentarse como *eminente* técnicos, se aprovechan del desprestigio de los políticos tradicionales, pero cuidándose de velar u ocultar sus relaciones con el poder internacional, que son quienes imponen las gravosas condiciones desde los organismos multilaterales de crédito. “Los talentosos y educados son tolerados en la tecnoestructura como nuevos hombres, solo en la medida en que su trabajo se oriente a *maximizar* las prioridades de los poseedores”, explica Michael Harrinton, analista de la nueva clase media norteamericana.

Jhon Williamson, proponente del famoso “Consenso de Washington” en 1989 -base fundamental del modelo neoliberal-, convocó en 1993, a través del Instituto para la economía internacional (IIE) de Washington, a más de cien especialistas del mundo, para discutir su “nueva propuesta”, que estaba: “En busca de un manual para tecnócratas”, y cuyo objetivo central -a más de afianzar la política de imposición del modelo neoliberal en sus dominios- era privilegiar la necesidad de conformar una fuerte coalición política que asumiera el liderazgo y control estatal, para la implantación efectiva del programa que “contrarrestaría los efectos sobre la población”, puesto que se calculaba el incremento desmesurado de la miseria y su corolario; la resistencia del colectivo social.

En nuestro país la tarea fue asumida por un importante sector académico-político forjado en algunas de las más prestigiosas universidades privadas, como Los Andes, y algunos de sus representantes son ya harto conocidos por nosotros, entre ellos tenemos a Rudolf Hommes -que fuera

ministro de la economía en la era Gaviria-, Juan Luís Londoño -coautor de la fatídica Ley 100/93 que reformara la salud en detrimento de la población y en favor de los inversionistas económicos-, el expresidente César Gaviria T. -quién tuvo como máxima responsabilidad la venta de los bienes públicos y no tanto la cacareada lucha contra el narcotráfico- y el séquito de serviles incondicionales del “oro yanqui” como los llamara José María Vargas Vila; de miembros de la Junta directiva del Banco de la República, encabezados por Salomón Kalmanovicht, entre muchos más.

La estrecha relación con el poder ejecutivo y diestras combinaciones de maniobras y coerción, permitieron a ésta casta diluir o desconocer los esfuerzos de la oposición que luchaba por evitar la imposición del modelo.

En Colombia se empieza a incrementar la participación de los tecnócratas desde el gobierno de Virgilio Barco -venía de ser el director ejecutivo del Banco Mundial y embajador del país ante los U.S.A.- quien escoge a sus colaboradores del selecto grupo egresado de Los Andes y universidades gringas.

En los gobiernos de Gaviria, Samper y Pastrana creció inusitadamente el conjunto de “asesores” y “técnicos” -más de cien en un solo ministerio-, al tiempo que se arma la alharaca de reducción del aparato burocrático del estado, “reduciendo el tamaño del aparato de gobierno, minimizando los gastos y haciéndolo moderno y eficiente”, pero cuya finalidad era entregar el patrimonio público a los inversionistas privados, que resultaron enormemente beneficiados con tamaña felonía con los bienes estatales.

De lo que se trata no es de descalificar a los expertos de alto nivel, ni de cuestionar el acervo académico de los latinoamericanos graduados en las universidades del extranjero, pues ello resulta imprescindible para asegurar altos niveles de desarrollo nacional, intentando salir del atraso sempiterno en que nos han sumido históricamente. Lo cuestionable es que ese recurso se haya canalizado exclusivamente hacia la puesta en práctica de la agenda neoliberal, que no tiene nada que ver con estrategias de desarrollo local, ni está dirigido a resolver la grave problemática económico-social latinoamericana.

Una especial y precisa radiografía de lo que significan estos representantes actuales del poder, la encontramos en la descripción que de ellos hace Carlos Vilas: "... es interesante que en una época como la actual, en que la agenda de desarrollo y justicia social está cargada de desafíos, *tanta gente levante la bandera blanca de la capitulación intelectual*". ¿Qué diría nuestro otrora líder de la intelectualidad *resistente* de los 60 y 70, Ernesto Sábato?